

GARCÍA-TERESA, ALBERTO (2017). *El verso por asalto. Poesía, desobediencia y construcción antagonista*. Madrid: Tierradenadie Ediciones.

En *Microfísica del poder* escribía Foucault (1979: 89) sobre las relaciones entre el poder y el saber y apuntaba lo siguiente: “Cuando pienso en la mecánica del poder, pienso en su forma capilar de existencia, en el punto en que el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo, se inserta en sus gestos, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana”. La cita no puede ser más apropiada para estos tiempos que corren.

Como en tantas ocasiones se ha insistido, el mundo en que vivimos es un mundo de palabras que ya están dadas y que, como señala Miguel Casado (2004: 128), expresan el poder y el sistema que domina, el capital, y lo hace, además, con un doble movimiento, esto es, normalizándolo, primero, mediante la defensa de su propio discurso como único posible y, seguidamente, desactivando el significado de aquellos otros que pudieran ir en contra de los propios intereses de clase con el fin de asimilarlos. El discurso dominante se apropia, de esta forma, de conceptos básicos como libertad, democracia, sujeto, igualdad o medio ambiente, que pasan a formar parte de las narraciones y construcciones propias de la lógica mercantil. Es casi imposible no recordar a partir de las palabras de Foucault, aquello que Carroll pone en boca de Humpty Dumpty, eso es, “lo importante no

es lo que las palabras significan, sino saber quién es el que manda”, porque, aunque parezca evidente, ni la cultura ni la poesía son inocentes. La cultura, como sostiene Juan Carlos Rodríguez (1999: 23) es ante todo una forma de poder y el poder ofrece únicamente la cultura que conviene a su defensa y no la que interesa al bien del pueblo.

Si algo caracteriza el tiempo que nos ha tocado vivir, esa tardomodernidad tan debatida desde hace décadas, es que aquel tipo de razón humanística que dominó en la Ilustración, su metarrelato racionalista, ha sido sustituido por una razón economicista. El proyecto antropocéntrico de la Modernidad se ha convertido en esta fase del capitalismo tardío en todo un proyecto mercadocéntrico (Wauthion, 1998: 157-184). El gran relato del neoliberalismo contemporáneo es el del mercado total (Lander, 2002: 51-79), discurso que impone el poder y que presenta como proyecto alcanzado, y que ha calado tanto en las instituciones como en los ciudadanos¹ porque propone un concepto de sujeto muy diferente en sus objetivos, valores y creencias al de otros grandes proyectos como fueron las utopías marxista, positivistas e ilustrada. El neoliberalismo se convierte en racionalidad actual imperante desde el momento que supone una estructuración y organización de la acción de los gobernantes así como de la conducta de los gobernados, y se va a caracterizar por la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de

¹ Véase Castro Hernández (2017).

subjetivación.² Nos interesa insistir en que ese tipo de racionalidad determina un tipo específico de subjetividad³. El sujeto neoliberal es, por encima de cualquier otro aspecto, competitivo y busca siempre la utilidad de todo cuanto se haga. Y nos parece relevante porque, siguiendo a Foucault, la acción de los gobiernos (aquello que denominó racionalidad gubernamental) no se limita solo al control económico y político, sino también a la introducción del poder y el control en la vida de los individuos y en sus propios cuerpos⁴, de ahí que la lucha contra el neoliberalismo se deba llevar a cabo también desde el terreno de la subjetividad, que es el propio de la literatura. Por eso *El verso por asalto. Poesía, desobediencia y construcción antagonista* editado por Alberto García-Teresa y publicado en Tierradenadie Ediciones en 2017 resulta tan pertinente en este sentido, como veremos enseguida, puesto que, al final, la pregunta definitiva, la verdadera experiencia literaria, como afirma Tabarovsky (2010: 163), es la pregunta por cómo vivimos. Entonces, será necesario distinguir, como hace Martínez Fernández (2014: 398), entre ‘la política’ como “conjunto de prácticas ligadas a las instituciones de representación parlamentaria” frente a ‘lo político’ como “campo mucho más abierto de creación de relaciones sociales y constitución de las formas de vida en sociedad”.

Esa racionalidad utilitarista y ese control excesivo del individuo por parte de los gobiernos son dos de los rasgos definitorios de lo que Marina Garcés (2017) denomina la

condición póstuma, es decir, aquella en la que el sujeto vive en el tiempo de la inminencia, cuando todo puede cambiar de forma radical o acabarse definitivamente. Inmanencia que se materializa, por un lado, en la conciencia de que la situación presente no puede continuar sin colapsar y, por otro, en una experiencia común del límite de lo que Garcés denomina “lo vivible”, esto es, la imposibilidad de que el propio sujeto pueda ocuparse e intervenir en las propias condiciones de vida. Porque este será el nuevo relato que cale desde la condición póstuma, el de la destrucción irreversible de las condiciones de nuestra existencia. Por eso Garcés sostendrá durante toda su exposición que esa impotencia del sujeto no es otra cosa que producto del analfabetismo ilustrado.

Lo sabemos todo pero no podemos nada, y no podemos porque el poder desactiva colectividades y enfrenta a los individuos los unos con los otros. La educación, el saber y la ciencia se van hundiendo en el solucionismo (solo se salvan si aportan soluciones laborales, soluciones técnicas y soluciones económicas) hasta el punto de que será el propio sujeto el que renuncie a ser mejor y se afane únicamente en obtener más y mejores beneficios. Evidentemente esto es posible porque el propio poder ha perseguido siempre la desmovilización de los ciudadanos. Vivimos un tiempo en el que asistimos cotidianamente a la ridiculización de nuestra capacidad de educarnos para construir un mundo más justo y más

² Véase Laval y Dardot (2013).

³ Aquí habría que prestar atención a las tesis de Santamaría (2018: 34-35), sobre todo en lo concerniente a esa “gestión de las emociones”. Dice Santamaría que “el activismo cultural neoliberal parece fundarse en la necesidad de difundir una forma de hacer que, a su vez, se conecta con la imposición invisible de formas de sentir” dirigido todo a la producción de una nueva subjetividad “emocionalmente despolitizada, pero perfectamente encajable en las dinámicas emocionales del mercado laboral”.

⁴ A este respecto resulta decisivo el trabajo de Martínez Fernández (2014: 383-434).

habitable, y desde todos los aparatos ideológicos del estado el mensaje transmitido es el mismo. Es el consumo desproporcionado, el crecimiento económico como única prioridad, el olvido de nuestra condición humana. De ahí que Remedios Zafra (2017: 217) hable de la obsolescencia del sujeto en sus formas de trabajo, esto es, como si la identidad no fuera más que el reflejo de una labor: “soy la práctica que ejerzo”.

La posición del artista y de la crítica va a ser decisiva en este contexto que hemos esbozado tan rápidamente, y es una de las claves del texto que reseñamos. Este posicionamiento es fundamental para cualquier quehacer poético, puesto que hablar de poesía no será solamente hablar de un texto poético, sino también especificar desde dónde se escribe dicho texto y si persigue o no crear o ampliar espacios de libertad tanto para el escritor como para los lectores. Los poemas, lo sabemos, señalan y escogen, y ese señalamiento presupone una elección, un ponerse a un lado que no es sino un gesto absolutamente político, lo cual nos lleva directamente a Juan Carlos Rodríguez (uno de los críticos más citados en *El verso por asalto*), cuando apuntaba que “nadie se encuentra descomprometido (aunque diga no creer en el compromiso) puesto que nadie escribe desde el vacío, sino desde un lleno histórico radical, desde un inconsciente ideológico sobre sí mismo, el mundo y la escritura”.⁵

Los dos primeros trabajos que recoge el libro editado por García –Teresa inciden en

lo que acabamos de apuntar. En “*Observaciones en torno a la poesía política. (Extractos de una charla)*”, James Scully insiste en que toda la poesía es política e incluye una serie de asunciones sobre la organización y las prioridades de la vida, incorporando una red de vidas que la atraviesan, del mismo modo en que la poesía atraviesa la vida. A partir de su razonamiento, distingue entre poesía protesta y poesía disidente, apostando decididamente por esta última, puesto que es la que pone a la poesía en el centro de la vida y la que desvela aquellas cuestiones ideológicas que el discurso del poder ha decidido que la poesía debe ignorar o silenciar. Por su parte, para Alberto García-Teresa, en “*Poesía y antagonismo. Por una práctica poética de cuestionamiento y confrontación*”, siempre se dice y se escribe para algo y, por tanto, aunque el poeta sea consciente de que la poesía por sí sola no va a cambiar el mundo, el texto poético sí que tiene la capacidad de transformar a las personas, que son las que pueden dar el paso adelante y posibilitar el cambio. Escribir será siempre escribir desde un lugar, y esta poesía antagonista deberá construirse desde abajo, desde el conflicto y la lucha de clases, para así dejar testimonio y generar revelaciones. Solo así será posible reconstruir los vínculos entre los individuos, desarrollar empatía y memoria, y dejar constancia de otra manera de estar en el mundo.⁶

Isaac Lourido avanza un paso más en “*Espacios que se crean, relaciones que transitan: enumeraciones en torno a poesía y antagonismo*” y

⁵ Citado en *Voces del Extremo: poesía y capitalismo* (2008: 18).

⁶ Nos parece importante citar aquí a De Vicente Hernando (2003: 27): “La poesía política es responsable [...] lo que significa que considera la gramática y la forma poéticas no como formas de pensamiento que añaden un sentido a una realidad primera, a una verdad primigenia [...] sino como parte del terreno mismo de constitución de lo social. No hay mundo originario, ni doble. Desvelar el mundo quiere decir hacer visible el mundo en su estructura histórica, pero también en su contingencia”.

plantea la necesidad de cuestionar las relaciones que se establecen en torno a los autores, las poéticas y los poemas, es decir, cómo se posicionan estos elementos en relación con otras poéticas, otros autores, con los lectores, el mercado y la industria cultural y de qué forma son partícipes de los conflictos culturales, sociales y políticos en la actualidad. Porque será decisivo saber si contribuyen a la reproducción de lo existente o si, por el contrario, desestabilizan, cuestionan y operan contra la normalidad poética, puesto que, como sostiene María Ángeles Maeso en “¿Poesía de la crisis?”, un poema siempre es responsable tanto de lo que dice como de lo que calla. A partir de los textos de Salustiano Martín, Gsús Bonilla, Enrique Falcón, Riechmann, Pérez Montalbán, Juan Carlos Mestre o Begoña Abad, entre otros, Maeso pone el foco de atención en una poesía que reaccione contra la barbarie normalizada, que no hable por los demás, los desheredados, sino que, con el gesto disidente, respire por la misma herida, y es en esa línea en la que “¿Qué significa ser poeta frente a la violencia? De cuerpos negros, metáforas y luto”, de Adriana E. Ramírez, adquiere todo su significado. La línea que separa la metáfora del engaño es demasiado fina y el poeta debería ser consciente de que la realidad está plagada de cuerpos que sufren la violencia, de seres de carne y hueso y no lingüísticos. El papel del poeta ante la violencia se convierte, entonces, en una cuestión fundamental. ¿Qué decir? ¿Cómo decirlo? ¿Puede decirse?

El trabajo de Jazmina Fuentes Moreno, “*Girl power, apropiaciones y silencios: reflexiones sobre poesía y feminismos*” aborda la cuestión de los riesgos que la moda y el mercado suponen hoy para la poesía y el feminismo contemporáneos. En primer lugar, por la utilización del lenguaje de la publicidad, que

es capaz de absorberlo todo y de convertirlo todo en una moda pasajera, y en segundo lugar, porque el desconocimiento de la tradición y del pasado de las generaciones más jóvenes favorece dinámicas de mercado fundamentadas exclusivamente en lo comercial, como por ejemplo la mal llamada “poesía joven” de estos últimos años, sentimentaloides, mansa e insignificante. A partir de pertinentes reflexiones sobre las antologías femeninas, Fuentes Moreno planteará la cuestión final de cómo combatir el patriarcado desde la poesía crítica escrita por los hombres y de si, para ello, es necesario hablar de nuevas masculinidades.

En “*Para seguir siendo humanos en un mundo irrespirable – y quizá llegar a despertar*”, Jorge Riechmann afirma con contundencia que en este mundo de atrocidades y desigualdad, insistir en el carácter de normalidad de las cosas raya en el fascismo, por eso es tan importante la desprogramación. La del poeta debe ser una conciencia atenta, vigilante, comprometida con la verdad y siempre dispuesta a denunciar la mentira. Eso es lo que realmente significa compromiso (en italiano ‘*impegno*’), no mentir y no aumentar el sufrimiento de los otros. La tarea del poeta, dice Bachmann, consiste en no negar el dolor, y es a partir de esa conciencia desde donde Adrienne Rich nos ofrece “*Artes de lo posible*”. En sociedades lastradas por un capitalismo agresivo, en las que el dolor y el sufrimiento son tan agudos, el escritor se verá enfrentado a la destrucción de las relaciones humanas, al desprecio que el sistema manifiesta por la labor intelectual y a la ridiculización de los esfuerzos por construir una nueva colectividad, como señalamos unas páginas atrás. El capital vulgariza y reduce relaciones complejas a una iconografía banal y ha sido capaz de inocular un lenguaje generalmente aceptado

de desprecio, autodesprecio y limitación de lo decible.

El empuje del neoliberalismo tiende a reducir la inteligencia, el ingenio, la expresividad y la rebelión creativa, de ahí que sea necesario tanto un nuevo lenguaje, como la formulación de nuevas preguntas, o como sostiene Daniel Salgado en “*Hay cuchillos en la almohada / Mis problemas con la poesía*”, hacer funcionar al poema como un cortocircuito en el discurso dominante (la cuestión planteada de la lengua de dominio (castellano) frente a la lengua dominada (gallego) resulta muy relevante). Si como dijo Eagleton (2010: 28) el poema es secretamente una visión del Estado bien ordenado, ahora será necesario desobedecer a la policía literaria que ha decidido el reparto de lo sensible y ha decretado qué es lo que sirve y qué no en el discurso poético.

En “*El documento como texto literario o sobre la función política de la literatura*”, Iulia Militaru sintetiza buena parte de lo hasta ahora planteado en los acercamientos anteriores. La literatura, como ya dejó dicho Deleuze, es una forma de pensar el mundo, y, aunque es eso lo que asegura su autonomía, no debemos olvidar que está en estrecha relación con la realidad en la que surge y con otros tipos y formas de discurso con los que coincide y a los que considera y juzga según su propio criterio. La literatura es, por tanto, un discurso radicalmente histórico.

Finalmente, Antonio Orihuela, en “*El traje nuevo del emperador: endogamia, nepotismo, clientelismo, ídolos y mitos en la trastienda de la poesía española contemporánea*” aborda una serie de cuestiones de radical importancia para el discurso poético español de los últimos 25 años que muy pocos se atreven a exponer con la claridad y la contundencia con las que aquí figuran. Corrupción, clientelismo,

amiguismo, engaño... pero sobre todo, la apropiación del término ‘compromiso’ por parte de la poesía de la experiencia, cuya única preocupación, al menos aquí en España, fue siempre la de la “normalización” del discurso poético a través de su desactivación política. Una primera parte del texto de Orihuela profundiza en los años de “La otra sentimentalidad” granadina, las luchas entre “poesía de la diferencia” y “poesía de la experiencia” y la traición a los postulados poéticos de Juan Carlos Rodríguez. En la segunda parte hace un valiosísimo recuento de las prácticas poéticas actuales del conflicto, de los encuentros poéticos como EDITA o Voces del Extremo y de las publicaciones más significativas a este respecto que, aunque alejadas del canon y de las editoriales más afines al poder, gozan cada día de mejor salud y de un mayor número de lectores.

BIBLIOGRAFÍA:

- CASADO, Miguel. “Hablar contra las palabras – Notas sobre poesía y política”, en *II Foro Social de las Artes* (2004) 128-139.
- CASTRO HERNÁNDEZ, Olalla. (2017). *Entre-lugares de la Modernidad. Filosofía, literatura y Terceros Espacios*. Madrid: Siglo XXI.
- DE VICENTE HERNANDO, César. “Poesía política: la lógica de una estética radical”. *Zurgai* (2003): 27.
- EAGLETON, Terry. (2010). *Cómo leer un poema*. Madrid: Akal.
- FOUCAULT, Michel. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la piqueta.
- GARCÉS, Marina. (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- LANDER, Edgardo. “La utopía del mercado total y el poder imperial”. En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 2, (2002), vol. 8: 51-79.

LAVAL, Christian. y DARDOT, Pierre. (2013). *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Ángela. “La escritura del shock: crisis y poesía en España”. *Kamchatka* n.º 4 (2014): 383-434.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos. (1999). *Dichos y escritos. (Sobre “La otra sentimentalidad” y otros textos fechados de poética)*. Madrid: Hiperión.

SANTAMARÍA, Alberto. (2018). *En los límites de lo posible. Política, cultura y capitalismo afectivo*. Madrid: Akal.

TABAROVSKY, Damián. (2010). *Literatura de izquierda*. Cáceres: Periférica.

VV.AA. (2008). *Voces del Extremo: poesía y capitalismo*. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez.

WUATHION, Ernesto. (1998). “Crítica a la posmodernidad y al neoliberalismo. Una aproximación al pensamiento de Franz J. Hinkelammert”. En *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 62 (1998): 157-184.

ZAFRA, Remedios. (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama.

JOSÉ MARÍA GARCÍA LINARES

IES GÜIMAR

kaluitas@gmail.com